



CERVANTES INVENTOR

DISCURSO

ANTE LA ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS
EN EL ANIVERSARIO CCLVIII
DE LA MUERTE DE CERVANTES

23 de Abril de 1874



CASIÓN sería la presente, señores, para hacer un elevado y severo discurso, más religioso, más filosófico que literario, y bañado en profunda melancolía, sobre el singular destino de la humanidad. Hay seres cuya vida parece destinada por la Providencia á formar cadena no interrumpida de extraordinarios sucesos, que sirvan de lección á las generaciones; seres en quienes pone Dios el talento superior y las virtudes heroicas, para presentarlos luego en lucha abierta con todas las adversidades, para ponerlos á prueba en todos los terrenos, y que de este choque resulten saludables enseñanzas.

Si la historia no es más que el imperio de los difuntos sobre los vivos, como ha dicho un filósofo, nunca esta verdad se ve más clara ni mejor comprobada que en las vidas de esos hombres extraordinarios.

Ni exequias suntuosas, ni pomposos epitafios, ni mausoleos de mármoles y bronce bastan para salvar del olvido la memoria de muchos, que, creyéndose grandes y dignos de alta fama porque logran disponer del poder ó de las riquezas, corren por el mundo orgullosos y vanos, hinchándose como la rana de la fábula; y haciendo alarde de prosapia y de abolengo, buscan en los méritos de sus antepasados la virtud, el valor ó el talento de que carecen. Al cerrarse la losa de sus sepulcros acaba y muere por siempre aquel nombre que ellos creyeron ilustre y consagrado á la inmortalidad...

En ignorada y pobre huesa viene á reposar en paz algunas veces un hombre modesto, que vivió y murió trabajando. Sobre la tierra, apenas bien sentada, que cubre sus despojos, no se graban elogios ni se esculpen emblemas, y todo parece indicar el silencio y el olvido. Pero á poco, nace de aquella tierra una pequeña planta que crece luego, se cubre de hojas, multiplica sus aromáticas flores, y da frutos copiosos, sazonados, delicia y encanto de las generaciones que se suceden cantando las alabanzas de aquel humilde; y el nombre obscuro, de quien pocos hicieron aprecio en vida, se hace ilustre, y célebre, y glorioso, porque de su tumba irradian perpetuamente los des-

tellos de la lumbre divina que encendió su entendimiento.

Estas reflexiones se agolparon á mi imaginación en el momento en que, por bondadosa designación de la Academia, me propuse hablar de *Miguel de Cervantes* en el día en que se conmemora el aniversario CCLVIII de su muerte. ¡Singular destino de la humanidad! No podemos confiar en el renombre presente; sólo es grande el que merece serlo en el aplauso de las generaciones.

Si de esta manera consideramos la grandeza, pocos hombres hay que puedan igualarse con *Miguel de Cervantes Saavedra*. No voy á recordar en este momento los azares de su agitada existencia, tan conocidos, tan sabidos, tan públicos, que apenas habrá, no ya en España, sino en Europa, quien los ignore completamente. Y, sin embargo, señores, aunque su nombre y su vida son tan conocidos, todavía en medio de esta docta Asamblea, ante tan ilustradas personas, me he de atrever á preguntar: ¿Qué fué *Cervantes*?—Y no debe causar extrañeza tal pregunta, si se considera que el autor de *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, para sus contemporáneos casi no fué nada, y para la posteridad lo es todo. Entonces pasó casi ignorado, y hoy llama la atención del mundo.

En vida se desconocieron sus servicios, se ultrajaron sus canas, se hizo mofa de sus heridas, se menospreciaron sus obras; ahora se ensalzan sus virtudes hasta querer pintarlo santo; se canta su gloria al

igual de las mayores; se lloran sus desgracias, se le adorna con los timbres más esclarecidos, queriendo darle plaza en todas las facultades, lugar preeminente en todas las ciencias. Y con sola esta enumeración ya comprenderán todos que no es ocioso el preguntar: ¿Qué fué *Cervantes*?

Tiempo oportuno parece ya de poner un límite á las exageraciones, de comenzar á entrar en los dominios de la razón; hora es de fijar juiciosamente la significación que en la historia de la filosofía y de las letras tuvo el mayor de nuestros escritores; necesario y urgente se hace también fallar en definitiva sobre el verdadero mérito y carácter de la obra capital de la Literatura española, cerrando la puerta á la crítica inconsiderada como á la inconsiderada alabanza, y asimismo á los delirios y falsas interpretaciones que sobre ella se hacen, desnaturalizándola y torciendo los intentos de su autor (1). No cabe tanto en los límites de un discurso, ni sería prudente abusar de la paciencia de mi ilustrado auditorio por el dilatado espacio de tiempo que para tales demostraciones se necesita. Mi aspiración se reduce á establecer bases firmes, á indicar el camino, que tampoco alcanzan á más mis fuerzas; esperando que mejores inge-

(1) Mucha parte de este trabajo se ha iniciado ya por hombres pensadores, que dan á la obra literaria de *Cervantes* su verdadera importancia y carácter.—Véanse las obras tituladas *William Shakespeare*, por Mr. Víctor Hugo (París-Claye-1864).—*Histoire de la Poésie espagnole*, por Mr. Ferdinand Loise (Bruxelles-Hayez-1868).—Y el *Curso Histórico-Crítico de Literatura española*, por D. José Fernández-Espino. (Sevilla-Tarascó-1871.)

nios recorran en todos sentidos el campo, y dejen fijado y establecido lo que apenas me es dado significar.

I

¿Qué fué *Cervantes*? Si procuramos saber su educación científica, los contemporáneos nos dirán que fué un ingenio lego; es decir, un hombre que no había recibido grados académicos, que no alcanzó la autorización legal para hablar en determinadas ciencias. En nuestros días, por el contrario, se le conceden todas, y muchos hombres de mérito consagran sus vigilias á demostrar que fué filósofo, teólogo y jurisperito, y á colocarle en primer lugar entre los médicos y geógrafos eminentes.

Si hemos de comprender bien sus extraordinarias condiciones, preciso será comenzar reconociendo que efectivamente cursó poco en las aulas, no practicó actos universitarios, ni obtuvo uno sólo de esos diplomas ó títulos que deben acreditar la suficiencia en facultad señalada. Pero en cambio, tuvo de sobra lo que á muchos les falta, sobresalió en lo más difícil, raro y excelente, fué un genio... y á la verdad, bien merece esta palabra que nos detengamos en ella un momento siquiera para fijar su significado, del que tanto se usa, y se abusa en nuestros días.

El genio en su acepción directa, inútil parece decirlo, es la natural inclinación que dentro de nosotros sentimos; es, como dijo Fernando de He-

rrera (1), «virtud específica ó propiedad particular de cada uno que vive.» Los antiguos en viva personificación lo figuraban por deidad que dentro de nuestro cerebro mora, animando el pensamiento, dando dirección á la idea; pero en el idioma actual tiene en acepción más restringida el valor de hombre superior, que se eleva sobre la generalidad, que es de muy pocos igualado y enseña á todos.

Los genios, según esta nueva significación, son luceros resplandecientes, que á largo espacio aparecen á la humanidad para alumbrarla en su camino; taros luminosos, brillantísimos, que á gran distancia se corresponden enviándose recíprocos rayos de viva luz en medio de la general obscuridad. El genio es lo que el hombre tiene de más semejante á la Divinidad: es el *ex ipso* de los teólogos, la *mens divinius*, *atque os magna sonaturum* de los poetas; es el don de inventar y de divinizar cuanto se toca; es, en fin, lo que con propiedad se llama facultad creadora.

Luce el genio como señor y monarca absoluto en los terrenos del arte; no recibe leyes, las dicta, las impone, las señala; entiende de todo y de todo sabe; por doquiera que imprime su huella deja fijada la norma del buen gusto. Todavía no ha llegado á saberse si Homero, Esquilo, Shakespeare y Cervantes siguieron preceptos en sus concepciones, ó si las reglas han sido sacadas luego por hombres pensadores de

(1) Obras de Garcilasso de la Vega, con anotaciones de Fernando de Herrera.—(Sevilla: Alonso de la Barrera: 1580.)—Página 581.

las obras que aquellos nos legaron. Aun está en tela de juicio si se han de dar reglas al genio, ó el genio es sobre todo.

La intuición suprema, la concepción general, lo absoluto, tanto en ciencias como en artes, eso encarna el genio. Lo que no sabe lo adivina... ¿Quiere saberse cómo y de qué manera entendemos la omnisciencia del hombre superior? Nos valdremos de un simil... Puede suceder que extraviado un viajero durante la noche en la cima de altísimas montañas, y sorprendido por la tempestad, busque abrigo á la lluvia bajo los corpulentos árboles que le rodean, y á la luz del relámpago descubra una y otra vez la ciudad populosa que á larga distancia se extiende á sus piés en el valle, perciba sus elevadas torres y grandes edificios, vea el río que la baña y vislumbre las embarcaciones que en él están surtas; y recobrando luego su camino antes de venir el día, hable de aquella población y la describa sin haber pisado nunca su recinto... Así ilumina lo desconocido la luz del genio. La inspiración es el relámpago que le descubre regiones antes no conocidas... No necesita ser malvado para pintar el remordimiento del crimen, ni ser santo para explicar y hacer sentir los deliciosos éxtasis de la virtud; ni tiene precisión de haber estado en los lugares para conocerlos, ni de estudiar las ciencias para tratarlas familiarmente, ni de ser artista de profesión para juzgar las obras de arte.

Así comprendemos la omnisciencia que por par-

tes se viene atribuyendo en nuestro tiempo á *Miguel de Cervantes*.

Fué médico, fué geógrafo, fué moralista, marino, perito en el arte militar y en jurisprudencia, teólogo, filósofo... (A); hoy demuestran que lo fué todo, y volveremos á repetir que no fué nada de eso. Recorramos las páginas que dejó escritas, y él mismo nos dice que tenía *instinto sobrehumano*, que le había dado Dios ardiente fantasía, que era un *raro inventor* (1).

Nadie nos define mejor su cualidad excelente que *Cervantes* mismo:

Yo soy aquel *que en la invención excede*
A muchos, y al que falta en esta parte
Es fuerza que su fama falta quede (2).

Estas palabras pone en su propia boca en *El Viaje del Parnaso*. ¿No es cierto, señores, que así se alcanza bien lo que era el autor del *Quijote*? ¿Conoceremos que es inútil trabajo y labor excusada cuanto peligrosa el buscar en la *Galatea*, en las *Novelas ejemplares* y en las demás obras del autor, textos aislados

(A) Véanse al final las *Notas* que en el texto van señaladas con letras.

(1) Y sé que aquel instinto sobrehumano
Que de *raro inventor* tu pecho encierra,
No te le ha dado el padre Apolo en vano.
(*Viaje del Parnaso*.—Cap. I.)

(2) *Viaje del Parnaso*.—Cap. IV.

que le acrediten perito en unas ó en otras facultades? Peligroso llamamos á ese trabajo, porque fácilmente puede hacernos caer en error, formando una paradoja que luego desmientan otras frases del mismo autor.

Peligro tan próximo es este, que aquejados por esa pesadilla, general hoy entre cervantistas, ideamos también el presentarle *músico*. Y fácil cosa era, en verdad, demostrar su competencia en el canto y en la vihuela, cuando le vemos rasgueando agradadamente el español instrumento en *El Celoso Extremeño* con Loaisa y en *La Ilustre Fregona* con Carriazo; cantando sentidas y piadosas estrofas con *Feliciana de la voz*, y decorando delicados y picarescos conceptos con la desenvuelta *Altisidora*. Pero en lo más granado y prolijo de la labor, tropezamos con muchas y muy buenas razones para sostener también lo contrario, y afirmar que si era torpe de lengua, tampoco era muy fino de oído, y debía cantar bastante mal y entender muy poco del divino arte, en paz y con perdón sea dicho de sus encomiadores.

Era *Cervantes inventor*. He aquí el pedestal de su inmensa celebridad. Era de *instinto sobrehumano*, y en eso estriba el secreto de su sabiduría universal... Tenía la facultad de crear, y si seguimos la suerte de sus invenciones, si ponemos á la vista de todos, cuantos han sido los hombres célebres que han aprovechado sus ideas; si patentizamos que á la sombra de su gloria se han acogido multitud de aves, así de pobres grajos, como de elevadas y altaneras águilas,